

—
Tomo XI
—

REPERTORIO AMERICANO

—
Núm. 10
—

San José, Costa Rica

1925

Lunes 16 de Noviembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Un animal perfecto y La miseria infantil*, por Maitre Renard.—*El providencialismo*.—*Campesinos y obreros*, por R. Blanco Fombona.—*Las lecturas infantiles*, por Azorín.—*Sinfonía heroica*, por Horacio Quiroga.—*Madona y pagana*, por Eduardo Muduro.—*Respuesta al Cuestionario del Repertorio Americano*, por J. M. Dihigo.—*Núñez y las nuevas generaciones de Colombia*.—*La política editorial de la Secretaría de Educación de México*.—*Notas para Eugenio D'Ors*, por Salvador Novo.—*José Vasconcelos*, por Xavier Villaurrutia.—*Tablero*.—*Sobre los estudios estéticos* (concluye), por Rafael Estrada.—*En el Día de la Maestra*, por A. H. Pallais.—*LA EDAD DE ORO* (con lecturas para niños).

La escultura en Costa Rica



Busto en arcilla

Hecho por LILLY ARTAVIA.
San José de Costa Rica, 1925.

GLOSARIO SENCILLO

Un animal perfecto

¿CUÁL es el animal más perfecto? Si a mí se me formulase tal pregunta, no vacilaría en contestar: el elector. El elector es una criatura, sería ya demasiado injurioso decir que es un bicho o un ejemplar zoológico, o un sér, como preferirían los metafísicos; una criatura que posee tan maravillosos, y complejos instintos, un sistema tan aparentemente coordinado de acciones y de reacciones, de esperanzas y temores, que logra con frecuencia dar la ilusión de que es un hombre. Ya el simple ciudadano ha sido analizado con cruel frialdad, y su esclavitud horrenda, aceptada y deseada por él, ha dado motivo a desoladas divagaciones. El ciudadano vive su azarosa vida vejado, perseguido, mutilado, cohibido, atemorizado, por la ley que, en cambio, le regala ese título irrisorio. Porque es ciudadano y para que pueda conservar esa categoría, paga impuestos, tolera el abusivo gravamen de inocentes e improductivas actividades, y tiene que adherirle una placa de metal a su perro para que se le deje pasear con él a lo largo de las avenidas llenas de un polvo asesino, satánica maceración de bacilos, y en medio de las bárbaras estridencias de la mecánica puesta al servicio del vértigo. Pero el elector, el sufragante, es, como animal, un dechado más completo.

Es, por esencia, un animal de carga, un simple vehículo de ajenas ideas, de ajenas ambiciones. El elector recibe influencias extrañas, sin saber nunca cuál es su origen ni a dónde se encaminan. El tiene la extraña facultad, que todavía no se ha examinado con detención, de asimilar los conceptos de quienes lo apacientan, en forma tal que a poco andar cree que son propios, que nacieron en su rudimentario pensamiento, que son de su exclusiva invención. De ahí que se agite y se retuerza en las manifestaciones públicas, en las reuniones de los comités, y lance gritos continuos, violentos, cada vez más roncós, en los que repite con aparente convicción el rabioso anhelo de ver aniquilado al adversario. Deseo suicida, como es obvio, porque el elector azul o rojo no puede subsistir sino mientras exista su contrario. Desaparecido el uno, el otro no tiene a quién señalarle los puños ni los dientes, a quien denostar y ofender, y entonces va cayendo en un sopor cada vez más profundo, que es precursor de la muerte. El elector de todos los colores se cultiva en el mismo caldo, en un medio glutinoso, tan lejano de lo que pudiera ser una pasta tersa y dura, como de un li-

quido diáfano. Es en aquella zona penumbrosa de la política convencional e hipócrita, donde se agitan intereses realmente solidarios pero cuyo espíritu de lucro les aconseja pasar como enemigos ante el pueblo; es en ese limbo que circunda a los partidos que por encima del latido humano cuidan de sus negocios y de sus bienes, donde pulula el elector con una tendencia incoercible a reproducirse.

Más que el loro, mucho más que el mono, el elector, ese animal sabio que se acerca a la urna con un pequeño sobre en una de las patas delanteras, lo deposita con cuidado y sale por otra puerta haciéndoles a los jurados una graciosa reverencia, se asemeja al hombre, al hombre independiente que se rige a sí mismo, que se gobierna siempre por los dictados de su conciencia. Para quien no sea un experto en la zoología social, el sufragante pasaría por un individuo que avanza por su propia inspiración, que llega solo al toril electoral, que no fué aleccionado ni conducido por nadie. Es un autómatá construido con tan nimio esmero, con tan estricto y minucioso cuidado de los detalles, que, como dije, es el primero en ilusionarse y en concederse fueros de persona consciente, los que suele hacer respetar a tiros. Hay un rasgo, sin embargo, que lo denuncia y lo desnuda. El elector no se encuentra solo nunca. Vive en manadas, en grandes o pequeños rebaños, a veces sedentarios, nómadas a veces, y no se aparta del pastor sino muy pocos metros. El elector abandonado, aislado, huye o se desbarata. El llena su función mecánicamente, y como esos caballos de los mayordomos y pajes que se detienen en todas las tiendas de los caminos creyendo que su ocasional jinete posee las mismas costumbres de sus amos, el elector para frente a cada urna y trata de penetrar al jurado para introducir la boleta que se le va colocando en los dedos. Boliche trágico en ocasiones, rueda por el suelo, hecho pedazos, roto por los proyectiles que disparan los fantoches del orden. Sin embargo, lo más común es verlo en el crepúsculo de las jornadas electorales, agitando desafortadamente los brazos, chillando injurias y vítores, sin que siempre sea fácil adivinar en dónde se ocultan los artistas que con insuperable maestría agitan las cuerdas de ese pequeño y ululante mundo de cartón.

El elector se renueva en cada temporada como cualquiera otro juguete. Así como llega el momento en que vemos llenarse las vitrinas con antifaces, narices y cucuruchos para el carnaval, o con los innumerables y frágiles objetos que alegrarán a los niños en la noche de navidad, también suena la hora en que los del oficio sacan sus muñecos sufragantes, los sacuden, los limpian, los barnizan, y hacen los que les faltan. Todos hemos observado que después de veinte o más años de vivir en una ciudad pequeña, en donde todo el mundo se conoce, el día de elecciones vemos una gente rigurosamente inédita, de tipo aproximadamente igual, con la cual ni siquiera habíamos soñado, y que llega, ejecuta determinados movimientos y se va sin que jamás logremos volver a encontrarla. Son los electores, estos polichinelas animados, estos animales furtivos y prudentes, que los grandes políticos dejan periódicamente escapar de su caja o de su jaula, pero que luego son recogidos con escrúpulo para sanarlos de los desperfectos que pudieran sufrir.

No es el elector, digámoslo para ser justos, un animal voraz, pero sí un animal goloso. Quienes lo conocen bien por haberlo amestrado, prefieren siempre tenerlo a media ración, para conservarle agilidad y para mantenerlo en un estado fácil a la cólera, propicio a la dentellada. Por lo general, suele halagársele más bien con bebidas que, recordándole su desgracia, lo tornan agresivo. Pero esta es la culpa de los que lo manejan. El elector por sí mismo es un animal paciente, lento, taciturno inofensivo.

(El Diario Nacional, Bogotá).

La miseria infantil

LA única miseria que no tiene explicación es la de los niños. Aunque no se tenga de ella la idea de que es el fruto maldito de la injusticia social y de la organización económica; aunque se piense todavía, con un criterio bíblico, que es el castigo de los pecados cometidos por el miserable, por sus padres o por sus abuelos; de todas maneras la pobreza en los niños, cuando ya llega al extremo de carecer de lo indispensable, subleva las almas, las entristece y las conturba, repugna a nuestras instintivas nociones de equidad. Si no acertamos a concebir el dolor físico en los niños sino como una aberración monstruosa; si la muerte de un niño

nos arranca siempre una protesta crispada, de impotencia enloquecida, ¿cómo resignarnos a ver a la infancia desnuda, descalza, con hambre, con sed, manifiestamente retardada en su desarrollo y deprimida en su impulso vital por la carencia de los recursos adecuados y elementales?

La soberbia excursión escolar (1) a Bogotá, cuyos orígenes aplaude conscientemente todo buen ciudadano, y cuyo cumplimiento ha satisfecho a los más exigentes entre quienes no andan distanciados de la realidad, nos ha dejado ver, al lado de magníficos aspectos de la niñez estudiantil de Cundinamarca, otros melancólicos y aun decididamente trágicos. El espíritu de disciplina y entusiasmo ha sido uniforme. Los niños de todas las escuelas llegaron a la ciudad llenos de brío, no obstante, a veces, los largos recorridos a pie, en condiciones muy desfavorables. En el paseo automovilario que se les ofreció el día martes, y que fué algo precioso, algo admirable, que despertaba en los espectadores los más delicados sentimientos de ternura, entusiasmo y patriotismo, los niños, que por primera vez en el desarrollo del programa, no fueron obligados a un esfuerzo excesivo y continuo, iban satisfechos, radiantes, felices, y exhalaban en largos y sonoros clamores la dicha que no cabía en sus cuerpos mecidos muellemente y agitados por el vértigo exquisito de la velocidad. En esta edad—los excursionistas oscilan entre 7 y 11 años—la realización del sueño irisado, fantástico, extrahumano de conocer a Bogotá, suaviza o extingue todas las asperezas, quita la sed y el apetito, expulsa de los miembros la fatiga. Pero, no obstante la moral, es infinitamente doloroso ver a los niños de algunas poblaciones, y no quizá de las que pasan por más pobres, vestidos de harapos, de andrajos que caen en hilos sucios sobre las carnes erizadas por el frío, con míseros sombreros que dejan escapar media cabeza, sin alpargatas siquiera, y con los cabellos largos y todo el cuerpo en peligro de desaseo. Las escuelas de tierra caliente no vinieron todas provistas de ropas adecuadas para nuestra altura, y los párvulos tiraban bajo la helada niebla la noche en que llegaron, expuestos, como es lógico, a contraer un grave mal. En faves de una profunda amarillez, los ojos negros, quebrados y dolientes, brillan con una luz muerta, con una luz casi apagada. La anemia tropical asoma en estas pupilas dilatadas anormalmente, su zarpa destructora. Estos

niños no tienen sangre, están insuficientemente nutridos, o alojan en sus cuerpos miriadas de parásitos que les roban el alimento y la vida. Son cultivos que andan, de bacilos capaces por su fabulosa capacidad reproductiva, de aniquilar una generación. A sus ojos debería asomarse reidora la alegría, y en vez de ella tiembla angustiada y angustiosa la enfermedad que ha de suprimir a millares de seres que apenas llegan a la vida.

Muy bellas, muy útiles, muy instructivas y patrióticas las excursiones escolares, y yo he felicitado al funcionario que promovió y realizó la de Cundinamarca, digna celebración del día de la raza. Pero lo primero que vamos a exigir para la próxima, es que ante todo se nos presente una sana, limpia y vigorosa población escolar. Nada se saca con enseñarles aritmética y gramática a unos infelices niños que marchan, atropelladamente hacia la muerte y caerán por racimos en el sepulcro sin haberle retribuido al país lo que gastó en educarlos. El niño mal alimentado, como el enfermo, como el mal protegido de la intemperie, son terreno

estéril para la enseñanza. Ellos, si llegan a aprender algo, lo olvidarán, y si lo recuerdan estarán imposibilitados para encarnar en ideas o en acciones la noción teórica que adquirieron. No llegarán al término medio de la vida, y se irán por consiguiente causando una crónica bancarrota en el presupuesto de las fuerzas productoras y de las energías morales que la nación necesita siempre equilibradas. Es digno de llorar con abundantes y muy amargas lágrimas, el espectáculo de estos pequeños mendigos, de estas criaturas corroidas por una desnutrición alarmante, cuando declaman de memoria, sin un error, las cosas sin sentido que les enseñan en la escuela, en ese plantel sin corazón, sin piedad y sin lógica, que se desvela por atiborrar los débiles cerebros con enunciados abstractos, pero nada hace para fortalecer los cuerpos ni para elevar la dignidad. Los niños de nuestras escuelas, en su mayoría, no resisten, confesémoslo, una ruidosa exhibición.

MAITRE RENARD (1)

(De Patria, Bogotá).

El providencialismo

AL conmemorar ayer (1) en su fecha centenaria el nacimiento de Rafael Núñez, la mentalidad conservadora impermeable a la verdad científica y a la doctrina democrática, se reveló como antaño, encastillada en uno de los errores que postularon el filósofo de *El Cabrero* y sus más caracterizados secuaces: el providencialismo, noción idolátrica que funda las tiranías y que niega los principios ya indiscutibles que dirigen las sociedades.

Según los panegiristas y expositores del conservatismo—quienes, dicho sea de paso—mantienen viva y encendida la fe regeneradora y prohijan todavía, sin beneficio de inventario, los errores, las culpas y los crímenes de aquel régimen ignominioso—fué Núñez, Núñez solamente, por virtud de su misión sobrenatural, quien torció los rumbos de la historia, «restableció el imperio social de Jesucristo», le puso término al afán renovador, justiciero y progresista del partido liberal, y trajo al poder al conservatismo, a este mismo conservatismo, cuyos frutos lo harán conocer de la posteridad, y cuyos prohombres, colocando los códigos bajo la mesa y echando en olvido los preceptos de la moral privada y de la pública, se absuelven mutuamente en las corpo-

raciones legislativas de los cargos que se les formulan por fraude o concusión. No, señores nuestros y colegas, no es para tanto. No hay que hiperbolizar. No hay que desbarrar. La evolución de 1885, o mejor dicho, la evolución que venía desarrollándose desde hacía largos años y culminó en el citado, no pudo ser provocada ni precipitada por un hombre, aunque hoy el ciego sectarismo lo regale con los atributos del genio. Fué Núñez un hombre de su tiempo y de su tierra, y a pesar de sus largas estadas en países extranjeros, conservó esa viveza imaginativa y el ritmo alternado de vehemencia y postración que constituyen la inferioridad del trópico y quizá su encanto. De ahí que pasara sin dificultades de la irreligiosidad militante al misticismo exagerado, y de la fe en los principios de libertad al apostolado práctico de la represión y de la violencia. Sus famosas teorías económicas fueron hijas de la necesidad, de la necesidad política, y no de arraigada convicción científica. No tolera una sana gestión financiera ni permite un patrón monetario inalterable, la orgía fiscal, la dilapidación indefinida, el desgüeño pecaminoso que

(1) Compuesta de niños de las escuelas públicas de Cundinamarca; en cantidad de diez mil y pico.

(1) 28 de setiembre de 1925.

(1) Con este nombre, da sus artículos a la prensa liberal de Colombia, el notable escritor Armando Solano.

eran indispensables para la corrupción de caracteres que había de preceder a la regeneración. Por eso no podía Núñez embarcarse en un régimen de austera economía, que condujera salvo al país a una era de bienandanza después de la crisis que atravesaba.

Siendo, pues, un poeta conceptuoso y a veces profundo, un escritor disciplinado, un político hábil, sin escrúpulos y sin olvido de las ofensas recibidas, no era el semidiós que se nos pinta, la fuerza natural irresistible, el alud que hubiera sido capaz de arrollar y desmenuzar todas las murallas, todas las fortalezas, si éstas no se hallaran ya medio destruidas. No puede negarse que el advenimiento al poder de la reacción clerical, de la que fué Núñez instrumento pasivo y no espíritu propulsor, se habría retardado un tanto si en vez de Núñez ocupara la Presidencia de la República un carácter íntegro, un hombre opaco a las seducciones del

enemigo, a los halagos de la gloria, del poder o del odio. Pero en todo caso el país marchaba por la pendiente a una época de retroceso, de silencio y de autoritarismo, tanto por la miseria ambiente, como por los errores innegables del partido liberal. Núñez leal, habría encabezado o secundado, como lo insinuamos ayer, una corriente reformadora dentro de la comunidad que le dió la presidencia. Vacilante, débil, tortuoso no se atrevió a rechazar la tentación del enemigo para traicionar a sus hermanos. ¿De dónde sale el gigante, el varón de lucha, de martirio, de abnegación y de profecía que domó los contrarios elementos y supo imponer un pensamiento que era rechazado por sus contemporáneos? Sinceramente no lo vemos. Ni podríamos verlo, porque el estadista, por grande y sustantivo que se le suponga, apenas si logra imponer su sello en alguna leve modalidad de los acontecimientos que le toca en suerte presidir. Jamás con-

sigue crear los hechos de todas sus piezas y a la medida de sus deseos. Atribuirle tal mérito a un hombre, no pasa de ser un error fetichista muy en armonía con las tendencias y con el espíritu de los partidos conservadores. Núñez fué, como todos lo recordamos, lo fué Caro también, un apóstol del providencialismo en sus formas crudas y primitivas. Contra esa teoría, que no es inocente, sino una de las más peligrosas que pueden preconizarse en una democracia, han reaccionado siempre, no solamente la comunidad liberal, sino los hombres que en el seno del conservatismo les han profesado verdadero amor a las doctrinas republicanas. Así se entronizaron los dictadores en todos los tiempos, y lo que es mucho más grave, así se les da aspecto de cosa sagrada, intocable, a instituciones repudiadas por la voluntad de los pueblos.

(El Diario Nacional, Bogotá).

EL terrícola picardo ama el suelo productor con la misma pasión avariciosa que el campesino propietario de todas partes, en todos los tiempos.

Los campesinos tienen, denominador común, una psicología rudimentaria, idéntica, muy conocida: apego al terruño, pragmatismo sanchopancesco, desprecio de las idealidades, odio a las novedades, desconfianza del urbícola, espíritu de continuidad en las mismas labores, en las mismas costumbres, en las mismas creencias, preocupaciones, sumisiones. En suma, el ruralismo representa un pétreo sentido conservador.

El hombre de la ciudad representa todo lo contrario: el ansia de renovación, la inteligencia investigadora. La riqueza puede, a veces, deberse al campo. El progreso no se debe sino a la ciudad.

Un ejemplo resplandeciente hiere nuestras pupilas. Los generales zaristas, vendidos al oro reaccionario de Francia y de Inglaterra, ¿entre quiénes levantan tropas contra el comunismo de Moscou? Entre las pías estáticas de *mujics* que revientan de miseria, de *vodka* y de abyección, apellidando «padrecito» al zar que los ignora y «su grandeza» al terrateniente que los esquilda.

El agricultor del Oise, cerca de una ciudad como París, de enorme capacidad consumidora, y aledaño de Departamentos — Somme, Aisne — devastados por la invasión teutónica, se ha enriquecido con la guerra y en la postguerra. El suelo, al extremo parcelado, es suyo. Raro será que el

Campesinos y obreros

(De El Sol, Madrid).

sudor del labriego picardo — máxime por estas regiones de Wavignies, Ansaucillers, Bulles, Catillon, Saint-Just-en-Chaussée — no caiga sobre terrones que le pertenezcan; así está de dividida en lótes minúsculos la propiedad agrícola.

El que no es todavía propietario aspira a serlo. Como faltan brazos en Francia — el millón y medio de brazos que cercenó la guerra, — el campesino, si propietario, vende caro lo que produce, so pretexto de producir menos y con excesivos gastos, y cuando simple bracero, cobra cara su colaboración. Así, patrón, se adinera; jornalero, vive con abundancia, tiene casita propia, animales, y podrá mañana, si algo ahorra, convertirse, a su turno, en patrón. El consumidor, el ciudadano, paga.

No parece atesorar, como los profesionales del odio, antipatía excesiva hacia Alemania, cuya invasión, indirectamente, lo ha enriquecido. Habría que averiguar, por lo demás, en qué proporciones corre sangre germánica por las venas de este franco de ojos grises y pelo claro. En todo caso no descuella por un patriotismo a usanza del siglo XIX.

Tampoco descuella por ese patriotismo el obrero ciudadano. Pero ¿qué diferencia de estímulos en el sentido de uno y otro!

El obrero tiene al internacionalismo, a lo universal, a ver a la humanidad

de su clase con ojos fraternos. El labriego, más cerrado de horizonte y de mollera, es localista: más que apego a la patria, idealidad abstracta, ama el terruño, realidad productiva. El uno amplifica su sentimiento, que en el otro se encoge, como la piel de zapa de Balzac.

* * *

El sentimiento patriótico evoluciona, aunque varíe poco en su esencia. Evoluciona, amoldándose a nuevos conceptos de la sociedad y aun de la vida.

El campesino tiende a restringirlo a su interés personalísimo y local. No consigue su propósito por la presión del Estado. El Estado, ejerciendo inexorable su acción generalizadora, fundente, impide el egoísmo localista y mantiene un vasto ideal de patria.

Contra el patriotismo del Estado se yergue el obrero, que coloca el espíritu de clase por encima de las fronteras, y no se siente solidario, sino enemigo, dentro de los propios límites, de las clases burguesas, capitalistas, que lo oprimen y explotan.

El industrialismo moderno es de lo que más contribuye a la modificación que se está operando a nuestros ojos del sentimiento patriótico. El industrialismo ha exacerbado el imperialismo y pone en choque a los imperialismos rivales.

Para lanzar a los pueblos unos contra otros se habla de patria. A los banqueros, gobernantes, generales y vendedores de útiles y máquinas, máxime si son de guerra, no les cae de la boca la invocación patrió-

tica. El pueblo, que es la víctima, ha abierto los ojos. No—dice—, no queremos esa patria, que para nosotros sólo tiene, en la paz, la fatiga diaria, y en la guerra, la muerte.

Y mientras los capitalistas en las distintas patrias se amenazan, los obreros sueñan con unirse en cruzada internacional contra los dominadores, ya sean de aquí, ya sean de allá.

Por donde se ve cómo los capitalistas se inclinan a conservar el antiguo ideal de patria, mientras que los obreros se inclinan a modificarlo.

También se yerguen contra el nacionalismo estrecho y carnívoros los pensadores de espíritu liberal. Crean que más allá de una raya imaginaria trazada por la política pueden haber hombres, cosas e ideas excelentes. Crean que todas las razas pueden contribuir armoniosamente a la obra universal de la cultura, en vez de ensayar destruirse unas a otras, cada pocos años, movidas por fantásticos sueños de hegemonía.

Patriotismo es amor desinteresado del patrimonio histórico y territorial que nos legaron nuestros abuelos, en cuanto ese legado aparezca digno de amor, sea obra de esfuerzos nobles y no choque contra la justicia y la razón. Sentimiento cordial, abnegado, despierta en nosotros, a menudo, vocación de sacrificio. Gracias a él nos evadimos de nuestro egoísmo consustancial y nos solidarizamos con la historia, los bienes, el honor y la vida de otros seres: nuestros connacionales. Pero las aberraciones de este noble sentimiento, como las de la fe, son aborrecibles.

El Estado suele cultivarlas preciosamente, como elementos de ferocidad y sumisión para cuando desligue, desbozale y azuze las traillas, a la hora del halali bélico.

Los hombres, cansados de sufrimiento, de engaños, aspiran hoy, en ansia de mejora, a dar distintas formas y bases a la sociedad, dentro del Estado; y a coartar la independencia de acción de cada Estado, en el orden internacional. Los unos convierten los ojos a Moscov, como al ensayo máximo de nueva sociedad; los otros constituyen una Sociedad de Naciones. A este Consejo de familia de Pueblos habrá que obedecer, no al capricho, o al orgullo, o al interés de cada país.

El capitalismo empieza a desmantelarse. El internacionalismo tiende a sustituir al nacionalismo. Conoceremos otro avatar del sentimiento patriótico.

* * *

Y el campesino picardo, ¿qué papel representa en el teatro humano en el momento actual? Representa, como los campesinos de todas partes, en

todos los tiempos, un papel estático que, llegada la ocasión, pudiera ser retrógrado.

Su antipatía instintiva de cuanto no sea el *statu-quo* se traduce en pugna sorda con el obrero de París, de Beauvair, de Tourcoing, de Lila, o mejor dicho, en resquemor, que no llega a la efervescencia, contra el espíritu obrero.

¿Ejemplos? Un diario socialista de París acusa a los campesinos de por aquí de haberse entendido en relación de vendedores a compradores con los alemanes de la invasión, y de reservar ahora los productos de la tierra, con perjuicio de las clases pobres de Francia, al oro de los ingleses.

Otro periódico, una revista de Amiens bastante difundida entre los agricultores del Somme y del Oise, revista, naturalmente, harto conservadora, recoge la acusación del diario obrero y la devuelve empapada en ácido prúsico. Los labriegos, viene a decir, se hacían romper la cabeza en las trincheras, mientras los obreros se escondían en las fábricas de retaguardia. (*Le Progrés Agricole*, Amiens, 16 de agosto de 1925).

La vieja lucha histórica entre el espíritu del campo y el de la ciudad perdura.

Ese hombre rubio de ojos grises que, bajo el sol de agosto, en las onduladas llanuras picardas, apila hacillos de trigo o que, con los primeros fríos de octubre, arranca y recoge la remolacha; ese agricultor laborioso, pacífico, que arrea sus caballos hacia el campo apenas amanece y los conduce al abrevadero y al pesebre hacia el atardecer, es un soldado: un soldado del *statu-quo*.

Otros esperan del cambio, del progreso, de la revolución. El, no. El es-

pera del orden existente, del tiempo caudaloso, del trabajo cotidiano. Lo espera todo del ahorro, del buen sentido social y tal vez de otra invasión de los alemanes.

R. BLANCO-FOMBONA

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los colaboradores que hallen acogida en sus columnas, opinan con suma libertad. Sin que esto implique que su editor haga propias las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

**Es Ud. chic
y necesita un vestido de Frac
o de Smokin, a la última moda?**

ACUDA A LA

SASTRERÍA COLOMBIANA

DE FRANCISCO GÓMEZ Z.

Cuenta con larga práctica y operarios competentes para la confección de trajes.

Precios los más económicos

Avenida Central

Frente a la tienda Kepfer.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo. Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-singular en Costa experiencia la colo-

De modo pues que el soldado desconocido, una vez comprobada su identidad, subió directamente al cielo.

El cielo no es, como pudiera creerse, un ámbito sin límites donde deambulan confundidas las almas de los justos. El cielo posee categorías muy precisas, originadas por la diversidad de méritos y causas que llevan hasta él. Existe así el cielo particular de los sentimentales, de los hombres de genio, de los hombres juiciosos, y de los mentecatos.

Hay muchos cielos más, tantos como son variadas las bondades del alma. Pero adonde fué el soldado desconocido, es al cielo de los héroes.

No es el cielo de los héroes el más poblado de todos los cielos, como bien se comprenderá; pero por razones obvias, los llamados a su seno representan en el cielo mismo una verdadera aristocracia, tal como la que sus cuerpos mortales representaron en la tierra un día. Y a ese cielo selecto entre todos, donde el más disimulado de sus habitantes encarna esa cosa formidable que se llama un héroe, —allá fué, con la velocidad de un rayo de luz, el soldado desconocido.

Dios mismo tiene debilidad por ese su cielo de élite, y sus miradas se detienen en él con más ternura y menos justicia de las suposibles. Pero el recién llegado no era un héroe transitorio, ocasional o discutible. Nada de esto: era, como ya lo hemos dicho, el soldado desconocido. Y el Señor, después de poner en conmoción el cielo entero con el hosanna de cánticos que anunciaban un grande y dichoso acontecimiento, hizo abrir las puertas celestiales cuan grandes eran, ante la persona del soldado desconocido.

El soldado desconocido —debemos advertirlo ahora— no parecía darse cuenta de lo que para él significaba aquel recibimiento triunfal. Tenía el aspecto modesto de un héroe, y la frente muy estrecha como los luchadores. Tal vez ni la inteligencia ni la claridad de espíritu adquirieron en él el enorme desarrollo de su heroísmo. Por esto acaso lanzaba miradas recelosas a todos lados, dando así la impresión de una humildad tan grande como pequeña era su cabeza.

El soldado desconocido franqueó pues las puertas del cielo y vió al Señor teniendo a sus costados, como una guardia de honor, a los héroes muertos. Y tras ellos vió hasta el infinito del cielo y sus blancas nubes, las almas de los justos nimbadas por el arco iris.

Esto es lo que vió el recién lle-

Sinfonía heroica

(De *Atlántida*, Buenos Aires).

gado. Pero es indudable que el cielo y sus arcángeles miraban a su vez con asombro a aquel misterioso y poco aparente desconocido, que no cesaba de ojearlo todo con desconfianza. Comprendiéndolo así, el Señor serenó los ánimos.

—Hijo mío—exclamó tendiendo la diestra hacia el soldado oscuro.—Bendito seas, porque el Señor es contigo.

Y volviéndose a las almas:

—He aquí a vuestro hermano. Mucho ha sufrido, porque mucho amó. Acordaos siempre de su nombre: es el Soldado Desconocido.

Poco diríamos, observando que nadie comprendió en toda su extensión lo que Dios había querido decir. Pero quien acaso comprendió menos fué el propio héroe alabado, a juzgar por sus crecientes ojeadas de desconfianza.

Mas ya el Señor, rodeado de su selecta guardia, se dirigía al cielo particular de los héroes. E induciéndole con la mano a que entrara:

—Hijo mío—repitió al recién llegado,—he aquí tu morada. Y he aquí a tus hermanos de corazón, que ya te aman y te veneran.

Y a los héroes:

—Recíbidle con vosotros y amadle como él os ama ya, porque os repito que es digno de vuestra gloria. Y no olvidéis su sagrado nombre: es el Soldado Desconocido.

—Y dale con el soldado desconocido... —murmuró para sí el soldado, que no alcanzaba a comprender esa obstinación en no mencionar, como expreso, su verdadero nombre.

El Señor se había retirado. Solitarios o en grupo, los héroes vagaban sin prestar la menor atención al nuevo habitante, afectando con una naturalidad verdaderamente heroica no mirar, ni ver, ni siquiera darse cuenta de la presencia entre ellos del soldado desconocido.

Nosotros, desde este bajo mundo y cargados de prejuicios, apenas nos atreveríamos a disculpar aquella glacial indiferencia de los héroes. Pero si meditamos que el menos conocido de aquellos paseantes se llamaba Napoleón, y el más disimulado Alejandro, comprenderemos el helado orgullo de aquellos héroes ante la torpeza y actitud soslayada del intruso.

El soldado desconocido iba despacio de aquí para allá sin buscar contacto con sus hermanos, y apartándose con presteza del paso de los héroes. Volvíase a veces y los seguía con los ojos, concluyendo siem-

pre con el mismo sacudimiento de cabeza y la misma pregunta:

—Daría mi encendedor por saber qué tipos son éstos...

Del otro lado de la avenida, los héroes se volvían a su vez para mirarle, y su expresión inicial de asombro concluía siempre con una sonrisa sarcástica y convulsiva.

Pasaron así unos días, hasta que la altivez herida desbordó por fin de boca de los héroes.

—¡Señor!—expuso uno de ellos ante Dios, cuando todos los héroes y el soldado desconocido estuvieron en su presencia.—¡Señor! No estamos contentos. Nuestro mutuo amor ha fenecido. Nos reconocemos culpables ante ti, Señor. ¡Castíganos!

Y el héroe dejó caer la cabeza sobre el pecho. Dios lo contempló un instante.

—¡Tú, culpable, hijo mío...! — Bien por ti. ¿Pero tus hermanos?

La alta mirada de Dios paseó en vano por el grupo de los héroes: todos habían bajado también la cabeza.

—Habla, hijo mío—reanudó el Señor.—¿De qué te acusas?

—De orgullo.

—¿Y tus hermanos?

—De lo mismo.

—¿Dónde ves la culpa?

—En ése... —señaló el héroe con el mentón hacia el soldado desconocido.—No podemos amarlo...

El Señor sonrió levemente observando al soldado, que se mantenía inmóvil, los pies juntos, sin otra vida que el campesino recelo de sus ojos ante aquel segundo tribunal.

—No tiene ciertamente aspecto heroico...—murmuró Dios para consigo mismo.

Pero a pesar de ello el héroe oyó la voz del Señor. E irguiéndose:

—Señor, no es por eso! ¡Ni yo ni mis hermanos hemos supuesto nunca afrentar a... ése, por su vestimenta! ¡Es por nosotros mismos, Señor! ¡El nombre del más oscuro de entre nosotros hace vibrar todavía el alma de los hombres, Y ése que nos diste a amar como un hermano predilecto, ése... es un desconocido!

El soldado aludido no comprendió tampoco esta vez de qué se trataba, bien que el altivo gesto del héroe hacia su persona, no le presagiara nada bueno de todo aquello. Y se consoló con remover las mandíbulas, mascando entre dientes un ilusorio tabaco.

Pero Dios acababa de extender la diestra hacia el ámbito celestial, y en un segundo se hicieron visibles las almas de los elegidos. Y dirigiéndose al héroe que proseguía pálido de orgullo, ante la omnipresencia de sí mismo y del cielo entero, la voz del Señor habló así:

—¡Hijo mío, tampoco yo estoy contento! Hace breve tiempo os ofrecí un nuevo hermano que os recomendé calurosamente. Ha sufrido mucho—os dije—porque mucho amó. Estas fueron mis palabras. Y os recomendé finalmente: No olvidéis nunca su nombre: Es el Soldado Desconocido.

A ti te pregunto ahora, y lo mismo a todos vosotros: ¿Qué habéis hecho de vuestro hermano? Os lo dí herido de dolor, y me lo devolvéis herido; os lo dí parco de palabra, y me lo devolvéis mudo. Os pregunto de nuevo: ¿Qué habéis hecho de él? ¿Qué habéis hecho de vosotros mismos?

Ni uno solo de vosotros adivinó lo que se ocultaba bajo su humilde envoltura. Amadle mucho, os dije; y le habéis despreciado. Aprended de memoria su nombre, os repetí, y le habéis negado ante vuestro Señor. Pues bien, oídme ahora, porque el clamor de vuestro orgullo ha llegado hasta mí.

Todos vosotros, sin excepción, habéis conocido el significado supremo de la palabra heroísmo, y el arrullo que en el alma producía vuestra propia voz, al cantaros al oído: ¡héroe! Todos fuisteis héroes ante vuestros soldados, ante vuestros ejércitos y vuestras patrias. Pero ante todo, fuisteis héroes ante vosotros mismos.

Ved al Soldado Desconocido — os anuncié.—Es héroe a la par de vosotros. Voy a deciros ahora en qué ha consistido su heroísmo.

Ese soldado sin nombre no tuvo vuestra ardiente noción de la patria, y sus goces supremos. No supo tal vez leer ni escribir, y con seguridad su frente no se alzó del azadón a meditar un solo segundo de las horas de su vida. ¿Qué ganabais vosotros llevando vuestras huestes al asalto? La libertad de la patria... y el susurro de gloria al oído. ¿Sabéis lo que en cambio ganaba ese soldado? La muerte. Esto sólo y nada más. Dió su vida por la patria de un modo tan anónimo, rápido y oscuro, como la brusca mancha de su casaca, y la bala que lo mató. Por esto su nombre es desconocido.

El soldado entretanto había cesado de remover la mandíbula, y miraba fijamente al Señor. Comenzaba a comprender.

—Pero vosotros—continuó el Señor—queríais a toda costa saber su nombre. Os lo diré, pues. Es el profundo y oscuro amor a la patria, a la libertad del suelo besado, a sus leyes, a su tradición; el sentimiento salvaje e irrazonado del sacrificio ante el inmenso altar de la sangre nativa; el impulso sordo y ciego hacia la

frontera; la fuerza fúnebre, e inconfundible con ninguna otra, que rompe al abrazo de la madre enferma, de la esposa enloquecida, de los débiles hijos destinados a morir de desamparo. Grito de la tierra, de la madre, de la esposa, de los hijos: éste es el arrullo de gloria que acompañó al soldado desconocido. Fué contento...

El Señor se detuvo: Los ojos del soldado, que se habían ido abriendo conforme la elocuencia divina ascendía, reían ahora. Sus hombros, su cuerpo entero reían; la risa pesada y continua de campesino que acaba de comprender.

—No es cierto... no es cierto...

Dios contempló un largo rato a sus héroes contritos, y miró luego con triste ternura al soldado desconocido.

—Pero tú salvaste a tu patria, hijo mío...—agregó Dios dulcemente.

El soldado, sin dejar de reír, hizo al Señor una guiñada.

—¡Y tenías mujer e hijos!

Nueva guiñada.

—¡Y los abandonaste a la miseria y al hambre, por la patria!

Por primera vez el soldado desconocido abrió la boca:

—¡Ya lo creo! Si me quedaba con ellos me fusilaban.

HORACIO QUIROGA

El libro de Pierre Mille, *Le bel art d'apprendre*, sugiere distintas reflexiones. El volumen ha sido editado por Hachette en la serie titulada «Colección de las musas». Ya en esta serie han sido publicados otros volúmenes análogos, por ejemplo, el de Jorge Verre, *El arte de decir*, y el de Emilio Faguet, *El arte de leer*. De todos, el más interesante es este postrero. Faguet era un hombre fino y de caudalosas lecturas. Amaba, como su maestro Brunetiere, la paradoja; tenía hostilidades inexplicables (inexplicables en un espíritu liberal como el suyo); su enemiga al siglo XVIII se hizo famosa entre los universitarios; en la *Revista de Ambos Mundos* publicó un estudio sobre Stendhal, luego recogido en volumen, que es una casi diatriba contra el autor de *Lo rojo y lo negro*. En sus últimos tiempos, Faguet escribía demasiado; no había revista ni periódico que no trajera un artículo del célebre crítico. ¿Cómo podía este hombre dar abasto a tanta tarea? Vivía modestamente en un cuartito perdido en las alturas de un quinto piso; su despacho estaba repleto, atiborrado de libros y papeles. Comía, como un estudiante, en un restaurante cualquiera. Y como nuestro Menéndez y Pelayo—según el retrato de Clarín en *Un viaje a Madrid*—no cesaba de leer durante la

¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública.=

Las lecturas infantiles

(De La Prensa, Buenos Aires).

comida. Los trajes que vestía Faguet eran amplios y modestos; comprados, acaso, al pasar, en un bazar de ropas hechas. Caían lacios sus bigotes por la comisura de los labios, y su pelo descuidado, era un poco largo. Con todo esto, simpático, bondadoso, tolerante y siempre curioso de todo espectáculo intelectual. Escribía mucho Faguet en sus últimos años y escribía una prosa sencilla, llena de repeticiones que iban poco a poco reforzando la idea.

A los escritores nuevos esta prosa negligente del maestro les hacía sonreír; pero Faguet necesitaba de tales negligencias y de tales repeticiones. Dura, angulosa, hostil, era la prosa de su maestro Brunetiere, y en tanto que hoy cuesta leerla, la prosa de Faguet se leerá siempre con facilidad y gusto, por lo menos en cuatro o seis de sus libros, uno de ellos el dedicado a los amores de los hombres de letras (Constant, Chateaubriand, Sainte-Beuve, etcétera).

El libro de Faguet *El arte de leer* es un manual excelente. Deben leerlo cuantos amen la lectura. En la «Colección de las musas» no se ha publicado hasta ahora un volumen más interesante. Y hablemos de *El bello arte de aprender*, de Pierre Mille.

Arte de aprender

¿Qué haremos para aprender bien las cosas? ¿Cómo podremos hacer que un niño aprenda bien? Aprender es cosa fácil cuando se tiene un buen maestro. La primera visión que este librito de Pierre Mille ha suscitado en nosotros es la de un niño que se halla en una sala de estudios, una vasta sala, en compañía de otros muchos niños. Todos se hallan inclinados sobre los pupitres; tiene delante cada niño un libro. Pero hay uno de estos niños que no lee nada en su libro. Las ventanas del estudio están abiertas de par en par. Son los días radiantes de la primavera. El cielo esplende; verdea el campo. El niño levanta la cabeza y a hurtadillas, sin que lo vea el maestro, contempla el alegre panorama de la campiña. Lo que le atrae a este niño es el campo, la vida libre y sana, las cosas de la calle, de las montañas y de los bosques.

Será inútil el enseñarle nada por

medio de los libros. Lo que aprenda en los libros será siempre deleznable y pegadizo. Y un paseo por el campo—en compañía de un maestro inteligente—hará más por la instrucción de este niño que un año de lecciones entre las cuatro paredes de un colegio. Los insectos, las plantas, las cosas de la casa y de las fábricas, entran rápida y eficazmente en el intelecto de este niño con sólo una visión en el propio ambiente en que todas esas cosas se hayan a la continua. Y lo que le sucede al niño que hemos imaginado, les sucede en general a todos.

Los años van pasando. El niño es ya adolescente. Es preciso que el mozo vaya formalizando sus estudios y pensando en lo porvenir. Ya los años de los divertimientos infantiles han quedado atrás. El adolescente va leyendo alguno que otro libro. ¿Quién dirige estas lecturas del mancebo? ¿Cuál es el deber de los padres y de los maestros respecto a las lecturas primeras del joven educando? Mucho se ha escrito sobre este grave problema. No se trata ya—como en el libro de Faguet—de la manera de leer, sino de lo que se ha de leer. Y lo que se ha de leer por este joven que está entrando en la vida del espíritu. Si se hiciera una encuesta entre personas de determinada clase social—los escritores por ejemplo—respecto a cuáles fueron sus primeras lecturas, el resultado seguramente nos sorprendería. Acaso viéramos entonces que muchos de los temores de los pedagogos y novelistas, con relación a las lecturas son puramente imaginarios. La influencia funesta de determinadas lecturas debe ser estudiada teniendo en cuenta una porción de circunstancias de que generalmente se prescinde. Un libro nocivo para un cierto lector, no lo será para otro. Un libro dañoso en determinadas circunstancias para una persona, no lo será—o no lo hubiera sido—en otro momento o en otro ambiente. Establecer una regla general con relación a los vicios y tratándose de lecturas, será siempre arriesgado. En la Biblioteca Nacional de Madrid está prohibido el servir novelas a los niños. Los niños no pueden leer novelas en la primera de las bibliotecas españolas. En principio, el precepto es laudable. Y lo es, más por cuestión de moral, en atención a una economía de tiempo que atañe a los propios niños. Con la libertad de leer novelas en la Biblioteca, los niños, olvidados de todo, pararían allí horas y horas. No habría para ellos ni escuela, ni taller, ni casa. La influencia de la lectura en el niño sería en este caso lo de menos—con ser cosa de gran importancia—;

lo de más sería el tiempo perdido por el niño en la lectura de libros secundarios y superfluos.

La imaginación

¿Secundarios y superfluos? Entramos en la segunda fase del problema. Dejemos a un lado, ya juzgada favorablemente, la prohibición de nuestra Biblioteca Nacional. Y pasemos ahora a examinar el color de las lecturas puramente imaginativas en la mente del niño.

Una hora, dos horas, de lectura diaria de una novela, ¿qué influencia puede tener en el espíritu infantil? Yo creo que si se realizara la encuesta que hemos indicado, la mayoría de los escritores, de los artistas, contestarían que las lecturas más beneficiosas para ellos, siendo niños, han sido las de los libros de imaginación, novelas e historias fantásticas.

En la vida, la imaginación es el más poderoso factor de progreso. Sin imaginación no hay ni gran general, ni gran financiero, ni gran director de periódico, ni gran escritor, ni gran gestor de fábricas. Todo lo es la imaginación.

Pensad en el director de un gran diario. Para mantener avivada la curiosidad de un vasto público y hacer que todos los días millares y millares de manos cojan con interés su periódico, ha de tener el director de tal periódico un espíritu siempre en ebullición, una mente clara y fértil, una imaginación, en fin, lozana y brillante. Un gran director de periódico ha de ser el hombre de una idea nueva cada día. Sin la fertilidad para el artificio cotidiano en el director, no podría tener interés el periódico. Y lo que se dice de un periodista puede decirse de un general, de un fabricante, de un escritor. Las batallas se ganan con imaginación. Los bellos libros son los que crean una imaginación sorprendente y original.

Y, viniendo a nuestro asunto—nos hemos salido, acaso, de él—¿cómo podremos suscitar y robustecer la imaginación de los niños? ¿Habrán nada mejor que una novela para encender en el infante la lumbre imaginativa? Compañeros míos a quienes he interrogado respecto a sus lecturas infantiles, artistas hoy de fecunda imaginación creadora, me han contestado todos que sus primeras lecturas fueron de novelas e historias fantásticas. Y a esos libros—condenados por pedagogos y moralistas—deben, precisamente, la fuerza que les ha hecho destacarse en el mundo de la inteligencia.

La imaginación lo es todo en la vida. Seamos, no severos, sino indul-

gentes con las lecturas de los niños; con las lecturas de novelas y libros quiméricos.

AZORIN

Madona y pagana

Tú la has visto rezar: eran sus labios,
al repetir las oraciones santas,
dos capullos de rosas, sólo hechos
para decir plegarias;
labios que se movían dulcemente,
como en unción extraña,
labios que parecían de querubes
de la región dorada,
lentos de placidez, llenos de gloria,
divinos como lágrimas;
tú la has visto rezar; tú la has mirado,
en el altar hincada,
pidiendo al cielo con susurros leves
una preciosa dádiva.
«¡Si parece una virgen!» me decías;
«¡Qué pureza de alma!»
Y te quedaste solo, anonadado,
contemplando a la casta.

No la has visto besar: tú no conoces
ese estuche de nácar,
que es aguijón de codiciosa abeja,
al mismo tiempo que panal que encanta.
Esos labios son ricos, son perfectos,
son dos pulpos que raptan,
son dos ávidos locos que acarician
que quieren y que rabian.
Son labios que pronuncian suavemente
amorosas palabras,
que en un beso transportan la alegría,
la dicha y la esperanza,
el querer, la ternura
y también la pasión inusitada.
No la has visto besar: cuando la veas,
no pensarás que es virgen y es pagana,
que reza y que fascina,
que redime y que mata
y que esos labios de oración le sirven
para besar con celos y con ansias.

EDUARDO MADURO

Panamá, Sept. de 1925.

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Órgano de la Secretaría de Educación
Pública de Panamá

Director Fundador:

Doctor OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALEERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA

1.º

Si por unificación de enseñanza se entiende uniformidad de organización y de métodos, es difícil que pueda llevarse a cabo porque una y otro dependen de las condiciones y recursos de cada pueblo. Creo, en cambio, que debe, como movimiento común a todos nuestros países, hacerse más intensa la enseñanza de la historia y geografía de las naciones latinas de América, sobre todo en la Escuela pública, enseñando esas materias como algo propio y común a todas esas naciones y como las características de la raza son poderoso factor para la personalidad de los pueblos, debe inculcarse a los niños el orgullo de su raza, haciéndosela conocer en sus más nobles aspectos, sin perjuicio de los esfuerzos que se hagan por suprimir o aminsonar los defectos que en ella hay.

2.º

La comunidad de constituciones no creo que sea factor decisivo ni de gran importancia, en cuanto ellas se refieren a la organización de un Estado y del Gobierno. Esa organización depende, por completo de las condiciones geográficas y económicas de cada región, y debe dejarse que cada una adopte la que le sea más conveniente. La comunidad de derechos individuales garantizados en la ley y en la práctica, es más fácil de conseguir.

3.º

La América Latina, y especialmente las naciones que están más cerca del área de acción de los Estados Unidos, deben esforzarse por orientar sus intereses económicos de tal modo que puedan independizarse económicamente por completo, buscando nuevos mercados, que al dar salida a sus productos, les den una base más firme para el normal desenvolvimiento de sus industrias y productos. Cuando una nación poderosa invierte sumas demasiado grandes en pueblos más débiles, existe siempre el peligro de una fiscalización de los intereses extranjeros que se refleja en procedimientos diplomáticos. Como no es posible prescindir del capital, la tendencia debe ser a que de un modo u otro las grandes industrias y explotaciones estén en manos de nacionales. Cuando tal cosa se logra, la acción defensiva es mucho más fácil.

4.º

Aumentar los medios de comunicación existentes y crear otros nue-

Nuevas respuestas al Cuestionario del "Repertorio Americano"

CUESTIONARIO:

- 1.º ¿Cree Ud. que la enseñanza debe unificarse, con determinados propósitos raciales, en los países latinos de nuestra América?
- 2.º ¿Cree Ud., asimismo, en la necesidad de comunizar, hasta cierto punto, las constituciones de nuestras repúblicas?
- 3.º ¿Estima Ud. conveniente que se haga un gran esfuerzo por orientar nuestros intereses económicos, hacia determinados rumbos, con propósitos diplomáticos defensivos?
- 4.º ¿Qué se podría empezar a hacer para estrechar nuestras relaciones económicas internacionales?
- 5.º ¿Qué nuevos principios nacionalizadores aconseja Ud. a la intelectualidad de América?
- 6.º ¿Estima Ud. prudente que nuestra América Latina tome una actitud determinada en su enseñanza, en sus leyes, en su economía, en su producción espiritual ante el caso de los Estados Unidos del Norte?

Respuestas anteriores:

Las de E. J. Varona, Habana; R. Brenes Mesén, Syracuse, New York; L. Lugones, Buenos Aires; B. Sanín Cano, París; N. Pacheco, París; Elena Torres, México D. F.; E. Landázuri, México D. F.; A. Sux, París; Fed. García Godoy, La Vega, Rep. Dominicana; J. Santos Chocano, San José de Costa Rica; Francisco Contreras, París; Juan J. Carazo, San José de Costa Rica; José Vasconcelos, México, D. F.; Manuel Cestero, México, D. F.; Rafael Cardona, San José de C. R.; Rogelio Sotela, San José, de C. R.; Eduardo Ruiz, San José de C. R.; Enrique Molina, Concepción, Chile.

vos, organizar exposiciones de productos y ferias, para que cada país sepa lo que se produce en los otros; facilitar las operaciones de crédito por medios adecuados; mantener una intensa información comercial, mediante los consulados, las legaciones u oficinas especiales; facilitar los gobiernos todas las operaciones de importación y exportación entre nuestros países. El conocimiento mutuo de ellos hará nacer los negocios y el intercambio, y las facilidades que se den contribuirán a su aumento.

5.º

La única manera de llegar a una mayor cohesión de los pueblos latino-americanos es la educación intensa de las masas populares inspirándose en estos principios: amor a la patria, de modo que sus intereses se sobrepongan a los privados; sentimiento de raza, para que el ciudadano de uno de nuestros países, vea en los otros algo que también le atañe; orgullo de pertenecer a esa raza por aquilatar sus virtudes, de manera que el individuo tienda siempre a conservar sus características y

se muestre poco propicio a desconocer superioridad en otra, sin perjuicio de tomar lo bueno donde quiera que lo encuentre. La educación política del pueblo, con su consecuencia de hacerle intervenir más conscientemente en la vida pública, unido al intercambio entre nuestros países y a la información constante entre ellos, contribuirán a crear el sentimiento de solidaridad necesario para estrechar nuestras relaciones.

6.º

Queda contestada con lo anteriormente expuesto. Más que una actitud hacia el exterior, debe iniciarse el trabajo dentro de nosotros mismos, que cuando éste dé frutos, no será necesario buscar actitudes determinadas frente a los Estados Unidos.

J. M. DIHIGO

Habana, Cuba.

Núñez y las nuevas generaciones de Colombia

UN telegrama llegado ayer (1) de Cartagena da la noticia de que en la población de Arjona, los alumnos de la escuela pública se negaron a recibir un retrato de Rafael Núñez que le obsequiaba el tribunal de lo contencioso administrativo de aquella ciudad.

Este gesto bizarro de los niños arjoneros tiene un alto significado cívico. No es imaginable que el maestro de la escuela les inculcara ideas adversas a la personalidad del regenerador. Tampoco, que los muchachos ignoraran las travesuras del héroe conservador. Hay en esto el sentido de la tragedia y de la repulsión por todo aquello que nos ha hecho sufrir con los relatos fabulosos de épocas recién pasadas. Saben perfectamente esos niños que el fautor del Banco nacional puso los materiales inflamables para que la hoguera de la matanza encenizara más de una población colombiana. Y especialmente, en aquellas de la Costa Atlántica en donde la guerra lo devastó todo, lo asoló todo. Más de un niño de esos recordaría la ruina a que llegaron sus familias con los inventos de Núñez. Y así, ¿para qué recibir aquel símbolo de destrucción y de muerte?

(El Diario Nacional, Bogotá).

(1) Octubre 2 de 1925. El centenario del natalicio del dictador Núñez lo celebraron los conservadores colombianos el lunes 28 de setiembre del año en curso.

8 de setiembre.

Al señor García Monge:

Muy estimado amigo y compañero, le mando a usted un artículo del poeta Salvador Novo y una carta del abogado Jiménez para que, si en ello no tiene inconveniente, tenga la bondad de publicar algo en REPERTORIO sobre este enojoso asunto de Vasconcelos que Ors trató apasionadamente y con injusticia.

Soy admirador de Vasconcelos, personalmente le estoy agradecido por cuestiones que sería inútil decir en estas líneas; pero el actual Secretario de Educación Pública es también un hombre honrado que no ha echado a perder la obra de Vasconcelos, como dice Ors.

No le ruego que mande REPERTORIO porque espero salir para Pekín antes de dos meses. De allá le mandaré algunas colaboraciones.

Mil gracias le da su amigo y compañero,

JOSÉ D. FRÍAS

Le agradecería mucho me enviara un número de REPERTORIO, si accede U. a mi petición de publicar algo de lo que le envío. Señas: José D. Frías. Bucareli 57 México, D. F.

Setiembre 3 de 1924.

Señor don Eugenio D'Ors.

A B C
Madrid, España.

Muy señor mío:

Sin desconocer la importancia trascendental que en la Educación Pública ha tenido mi ilustre amigo don José Vasconcelos, deseo, en debida referencia al artículo que de usted apareció en el A B C de Madrid y que fué reproducido en el número 22 del REPERTORIO AMERICANO¹, mandarle una colección de las publicaciones hechas en esta Secretaría desde que está en manos del doctor José Manuel Puig Casauranc, hombre también de inteligencia clara, de voluntad firme y de corazón limpio, para que usted pueda juzgar con mejor conocimiento de las cosas de la labor que realiza en estos momentos, la Secretaría de Educación Pública.

También me permito enviar a usted, como complemento de esos informes, el actual presupuesto de la Secretaría, que le ilustrará ampliamente si lo compara con presupuestos pasados.

Soy de usted afectísimo, atento y seguro-servidor,

LIC. ENRIQUE JIMÉNEZ D.

La política editorial de la Secretaría de Educación de México

Notas para Eugenio d'Ors

...En patético tono—¿estamos ya, con él¹, en el Valle de Josafat?—compadece primero a Vasconcelos. Se duele de que haya fracasado. Lamenta que las bibliotecas que él fundara sean hoy ruinas y escombros. Que los clásicos que él regalaba al pueblo se hayan agotado. Que no se edite ya el *Maestro*. Que la redención de los Indios, que él principiara enseñando a leer a Plotino, se haya suspendido. Y con acento consolador y magnánimo termina concediéndole no recuerdo qué glorias; pero con la amargura, llena de certeza, de que todo sea ruina en Educación.

Ignoro quién haya podido dar tan trágicos datos al señor d'Ors. No será, desde luego, el propio Vasconcelos, quien desde su salida del Ministerio cerró la boca y los oídos a sus asuntos. Más bien será, supongo, alguno de esos tantos hermanos nuestros de continente que tanto gozaron de su favorecimiento un poco inmerecidamente algunos, y que al ver que por ahora preferimos redimirnos solos, y ahorrar nuestro dinero, se habrá puesto a gritar que los pasados tiempos eran mejores. Y no por hacer un paralelo odioso, sino por informar a todos los posibles d'Ors, bueno será reseñar en breve la política editorial de la Secretaría de Educación durante el actual gobierno, pues a los ojos del admirador más convencido desmerece un tanto el genio que dice tonterías.

Cuando el Dr. José Manuel Puig Casauranc tomó posesión de la Secretaría de Educación Pública, los «Clásicos» que todo el mundo conocía de memoria—los hallaréis, sin abrir, todos,—en toda salita decente—eran ya 18 volúmenes. Tras de Esquilo había surgido Dante, luego el Padre Rivera, Tolstoi, Goethe, Tagore, Rolland y, en otro formato, las *Lecturas para Mujeres* de Gabriela Mistral y la oratoria *Historia General* de don Justo Sierra. Además el primer volumen, y sólo el primero, de las *Lecturas Clásicas para Niños*.

Tal parecía que el repertorio de lo clásico se hubiese agotado. Hacía varios meses que no aparecía ningún volumen nuevo y sólo se preparaba el *Romancero*. De los inmensos tiros de 25 y 30,000 ejemplares que empezaron haciéndose, allá por 1921, se

fué disminuyendo hasta 5 o 10,000 y aun en obras en dos volúmenes como las *Vidas de Plutarco*, el tomo II alcanzó un tiro mucho menor que el primero...

Eso en cuanto a libros. Folletos no hay en la historia de la época clásica sino los fracasados de divulgación literaria: (*Tres Muertes*, *Delgadina*, *Macario Romero*). El Boletín de la Secretaría aparecía cada seis meses o cada año. El de la Universidad no aparecía desde 1922. El *Maestro*, que agonizaba largamente en sus últimos números, se había suspendido, por obvias razones, desde hacía mucho tiempo. Había, sin embargo, sueldos aceptables para el Jefe del Departamento Editorial (\$ 18.00), para los Consejeros (\$ 16.00), para el Jefe de Revisión de Pruebas (\$ 13.50), y sendos puestos de Directores de los Boletines que no salían, a (\$ 11.00) diarios cada uno.

Al orientar de preferencia la educación hacia las masas, poco preparadas para comprender los esenciales libros de Platón y de Plotino, se tuvieron en cuenta, en cuanto a política editorial, dos bases:

1.^a—No va a contarse, durante este año, con muchos millones de pesos para la Educación.

2.^a—Antes que nuestros indios lean la Odisea es necesario que tengan un hogar al cual regresar de leer un silabario.

Dando, pues, un relativo descanso a la edición de libros caros, se procedió a difundir la cultura rudimentaria y las instrucciones prácticas y las noticias oportunas por medio de folletos cuya distribución gratuita y amplia apenas significara para el gobierno una erogación que con creces compensan sus resultados.

Sin Director de ningún boletín, porque las economías los borraron de los Presupuestos vigentes—sin jefe de revisión de originales—sueldo que por la misma razón desapareció—empezaron a producirse, mensualmente, los Boletines de la Secretaría y de la Universidad y, de modo no periódico, folletos de forma tipo, numerados en serie y por tomos, que se componen del material que aporta, en cada caso, el Departamento respectivo de la Secretaría. Folletos estos sobre Cooperativas Modelos, sobre Métodos de Cultivo, con planes de estudio: o bien órganos periódicos de Departamentos como el de Bibliotecas que tiene tres: (*El Libro y el Pueblo*, el *Boletín de El Libro y el Pueblo* y *Biblos*). En vez del *Maestro*, revista cara y esporádica, se publica en la actualidad *El Correo Escolar* que, si no versos silvestres de la Ibarbourou o historia Antillana, sí trae, cada semana, la no-

1.—Número 22 del tomo X.

1.—A Eugenio d'Ors se refiere el autor.

ticia que espera y necesita y pide el maestro rural.

A la fecha van publicados cien folletos, numerados en tomos de veinte. La supresión de empleos que sumaría aproximadamente \$ 60.00 diarios para Directores parciales de publicaciones sueltas, ha significado para el gobierno un ahorro de \$ 48.00 diarios y un control eficaz en las publicaciones.

Los libros no se han agotado. Puede estar seguro el señor d'Ors de recibir todavía una colección completa de clásicos para su sala. Los ratones saben muy bien que en los Talleres de Encuadernación existen todavía inagotables miles de miles de indigestos banquetes.

Ahora bien, el que no se hayan hecho más libros verdes este año ¿significa que no pueden hacerse en cualquier momento traducciones de idiomas fáciles, o simples reimpresiones de libros que cualquier mediocre aficionado a la lectura conoce ya en inglés o en francés? El Lic. Vasconcelos tenía la idea de que toda obra importante se tradujera al español. Yo me atrevo a pensar que es mejor enseñar las lenguas extrañas. Porque traducido, se puede conocer el Fausto; sabiendo alemán se puede leer todo Goethe.

Podría pensarse, en leyendo la nota de d'Ors, que el Dr. Puig es enemigo de los clásicos. Si lo fuera, no habría permitido la ejecución, que tuvo lugar ya toda bajo su Jefatura de la Secretaría, del tomo II de las *Lecturas Clásicas Infantiles* que acaban de ver la luz. Ni habría acordado favorablemente la edición de la *Rusticatio Mexicana* en la traducción del Padre Escobedo. Ni habrían seguido preparándose, como se está haciendo, volúmenes de teatro moderno. El término «Clásico» no puede todavía en nuestro siglo aplicarse por igual a Tolstoi y a Eurípides. Y se entiende que el programa, si lo hubo definido y claro, de estas ediciones de la Secretaría de Educación, incluiría toda obra renovadora, moderna y redentora. Ibsen y Shaw, y aun, por condescendencia con la opinión corriente, Shakespeare.

No tema, pues, el hombre que trabaja y que juega, que dejen de publicarse, en lo futuro, libros que le interese conocer. Comprenda que era indispensable siquiera por un año en que nuestro país puso todo su esfuerzo en constituirse moral y económicamente resolver el doble problema del hambre de pan y el hambre de alfabeto. Ya muy pronto podrán servirse los postres.

SALVADOR NOVO

México D. F.

José Vasconcelos

Por una de esas inflexibles costumbres que son entre nosotros como hermanas carnales de nuestros vicios, se hace en torno de nuestros valores un vacío y un silencio, ya de admiración o de asombro, ya, también, de ingratitud o de envidia. Apenas si al instante en que estos valores amenazan dejarnos — o nos dejan — un impulso, a menudo un remordimiento, nos hacen expresar nuestra gratitud y nuestro juicio, cuántas veces en forma de homenaje póstumo.

Confesemos que con José Vasconcelos algo de esto había peligro de que sucediera. ¿Por qué esperar su partida, su alejamiento, aunque éste sea solamente físico, para romper nuestra admiración silenciosa? Por mi parte, muchas veces he sentido el imperioso movimiento de decir a todos los rumbos, de repetir al principio de cada estación del año, con la constancia del calendario, cuánto de admiración y ejemplar reside en Vasconcelos. La intención no basta. Por eso me impongo ahora la penitencia, la delicada penitencia de escribir algo de lo que de él pienso, y lo que en él más admiro.

Digamos de una vez que pertenece al pequeño grupo de hombres cuya aparición no es frecuente en nuestra historia, y cuyo solo nombre basta para ayudar a fijar el contorno de la época que los siente, afortunada, vivir. Pocos espíritus como el suyo se han afirmado para nuestro mundo ideológico en los últimos quince años. Para contarlos basta una sola mano. En esa mano Vasconcelos merecería ser el dedo de en medio, el dedo mayor, si olvidáramos que ese dedo es torpe entre los otros ágiles. Mejor, pues, asignarle el índice, que como la flecha incansable de la brújula, vigila y orienta.

Vigía de avanzadas es el pensamiento del mexicano filósofo que quisiera armonizar el mundo con preceptos, más que morales, estéticos. Sus teorías tienen, como la danza que estudia y prefiere, el ritmo ondulante y diverso que es la esencia mejor del hombre.

Sus libros de ahora, muchos de los cuales son ya de los mejores, serán, con los de mañana, insubstituíbles.

Hombre de América, su ideal sobre la solidaridad de los pueblos hispánicos está lleno de realidades. ¡Qué distinta su voz de la del falso profeta hispanoamericanista caído en una cisterna sin resonancia! «Espíritu continental, Romain Rolland de América, emancipado de la estrechez de los nacionalismos, hombre de dilatada visión histórica de *weltburger*», lo ha llamado un pensador de España.

Llena de ideas de unidad, la pasión romántica de sus teorías se ajusta en líneas clásicas: que no van más allá de las proporciones asequibles al poder de la inteligencia y de la acción humanas.

Oriente de impulsos colectivos fué, entre nosotros, Vasconcelos. Señalado, escogido el sitio, hombre de acción, dióse a dar forma arquitectónica a su idea, a su cierta idea de la educación. Las masas y las minorías cupieron en el edificio suyo, modelo de ellos.

Su tarea de educación había de señalar rumbos y trazar caminos, lejos, cerca. Su tarea de educación había de levantar admiraciones en los espíritus atentos al pulso del mundo de occidente. Eugenio d'Ors, que observa y define los síntomas del gran organismo social, desde su Glosario anotaba con caluroso interés el suceso que se desarrolló a nuestra vista tantas veces indiferente. «La obra de plasmación del alma popular por la educación que realiza Vasconcelos, me apasiona como la de Lunatcharsky». Todos los que conocemos la obra del pensador catalán, sabemos que no es pródiga en elogios—más bien ceñuda que alborozada,—y que su pasión, serena siempre, es pasión meditabunda. En la historia de nuestra cultura popular, Vasconcelos será, como el ruso comisario de educación, un índice. No importa que su obra, continuada en un principio, a la hora de su separación, por manos conscientes, se haya detenido ahora entre la impericia de otras manos.

Hijo del culto clásico, prefirió—y prefiere—las cosas que persisten sin excesivo brillo, no tampoco sin él, a las que ciegan de luz: pero que, al fin se escapan.

Su campaña es, naturalmente, la de la cultura—como deberá ser la nuestra, en la que tendremos que agotarnos.

Una generación revolucionaria, la suya, no tenía que ser una generación espontánea. El hombre es fruto de cultura; en ella ha de persistir.

Sabe el Maestro Vasconcelos mantener y legar la continuidad espiritual, que es como el apellido de la gran familia de los hombres que piensan.

Su obra ha resonado en todo el mundo de occidente. De lejos su figura cobra dimensiones justas y luz propia. En la cercanía, la blandura de su amistad oculta la firmeza de su esqueleto.

Ahora, a medida que se aleja, físicamente, lo aquilatamos con más integridad y pureza.

XAVIER VILLAUURUTIA

México, D. F.

Hemos visto una carta de Panamá, en que un distinguido panameño, a propósito de la Agencia Confidencial del Dr. Fábregas, escribe estos renglones cordiales.

«¿Cómo ve usted el asunto de la reanudación de nuestras relaciones con Costa Rica? Ojalá que se llegara a un acuerdo satisfactorio y amigable, que acabe con esta vieja y estéril lucha por cuestiones de límites. Malditas cuestiones éstas que dan oportunidad para que tengamos que soportar la dañosa, pero «amistosa» mediación norteaña!

¿Cómo fueran lo suficientemente comprensivos los hombres de estado panameños y costarricenses para que se dieran cuenta de la necesidad vital de nuestros países de resolver fraternalmente sus querellas de familia!

¿No cree usted que en el futuro tratado o convenio que se celebre entre Panamá y Costa Rica, debe omitirse completamente hasta la menor alusión a *laudos* y *fallos*, como algo oprobioso, que nadie debe recordar?»

El Arbitraje de Washington en la Cuestión Peruano-Chilena, por M. V. VILLARÁN. El señor Jorge Guillermo Leguía ha puesto en nuestras manos este importante opúsculo, impreso en New York en junio del presente año. El autor analiza en él el laudo expedido en marzo último por el Presidente Coolidge, en la cuestión de Tacna y Arica; considera completamente injusto dicho laudo, y califica enérgicamente al actual Gobierno del Perú, que, según el Doctor Villarán, no tuvo ni solicitud ni acierto en la defensa de los intereses de su Patria.

Nuestro amigo Hugo D. Barbage-lata, inicia otra encuesta interesante, como se verá:

París, Octubre 1925.
8, Rue Pigalle (9^e)

Distinguido Colega:

Siguiendo una serie de encuestas, empezadas con éxito en la América de habla española, me permito molestarle para pedirle me haga el favor de leer las preguntas siguientes y de contestarme lo más pronto posible.

1.º—¿Cuáles son los cinco o seis mejores libros escritos en Hispanoamérica desde la época de su Independencia hasta nuestros días?

2.º—¿Cuál es la obra hispanoamericana que Ud. conceptúa más original?

3.º—¿Cuáles son las literaturas extranjeras que más influencia han tenido sobre nuestros escritores?

Agradecido de antemano a su respuesta, soy de Ud. su atto. S. S.,

HUGO D. BARBAGELATA

N. B.—Si ello no le molesta, su contesta-

ción podría venir acompañada de una fotografía o de un buen grabado con su retrato.

Señor Don J. García Monge.
San José de Costa Rica.

El excelente semanario *Patria*, de Bogotá, ha reproducido en su edición del 22 de octubre pasado *El loco en el tejado*, del autor japonés Kan Kikuchi, que traducido del inglés por nuestro colaborador don José B. Acuña, vió la luz en el N.º 2 del REPERTORIO AMERICANO, tomo en curso.

El 24 de octubre pasado celebró Colombia el primer centenario del nacimiento del Dr. Miguel Samper, «el Gran Ciudadano». Con este motivo se ha hecho la edición definitiva de sus obras. La casa editorial CROMOS, de Bogotá, ha publicado ya el tomo I. El retrato y artículo alusivo al Dr. Samper, los daremos en una de las próximas ediciones.

Colaboraciones: El correo de esta semana nos ha traído las siguientes: Dos recortes de *El Comercio* de Lima: *El progreso de los estudios históricos en América* y *Ramón Pérez de Ayala y la política española*, por Francisco García Calderón. Envío de nuestro amigo Alberto J. Ureta, en Lima.—De Fernando Lles. Matanzas, Cuba: *Respuesta al Cuestionario del REPERTORIO AMERICANO*.—De Alfonso Reyes, París: *Respuesta al Cuestionario del REPERTORIO AMERICANO*.—De Carlos Ríndez Saldías, Santiago de Chile: *Luna nueva de Enero, Junto al río sonoro, Adiós a la montaña* (estrofas inéditas).—De Arturo Torres Rioseco, Universidad de Texas, Austin, Texas: *Los primeros versos de Rubén Darío y Primeros cuentos de Rubén Darío* (estudios literarios).—Del Dr. Bernardo J. Gastéleum, México, D. F.: *Discurso en la inauguración de la Universidad de Guadalajara*.—De nuestro compatriota M. Tulio Salazar, en Bruselas: *Recuerdo que al salir...* (verso).—De Manuel Cestero, Consulado de la República Dominicana en Santiago de Cuba: *Conferencia celebrada en la Sociedad Luz de Oriente el 28 de junio de 1925*.

Libros y folletos recibidos:

Del Dr. F. Carrera Justiz, Profesor de Derecho Público en la Universidad de la Habana:

El Problema Social en Cuba. La Función y El Organo. Por el Dr. F. CARRERA JUSTIZ. Habana 1925.

De los Autores:

LUISA LUISI: *A través de libros y autores*. Ediciones de «Nuestra América». Buenos Aires, 1925!

FERNANDO SILVA VALDÉS: *Poemas nativos*. Río de la Plata, 1925.

GASTÓN FIGUEIRA, del Uruguay: *Omne est Nihil*. (Poemas) Colección «Helios». Vol. XIV.

GASTÓN FIGUEIRA: *Huyendo del hastío*. (Poemas). Colección «Helios». Vol. XIII. París. 1924.

Del Prof. CARLOS N. VERGARA, Córdoba, República Argentina: *Llamamiento a los Educadores y Estudiantes de todas las Naciones, A los Pueblos y A los Gobiernos*. Córdoba, 1925.—*Solidarismo*. Nuevo sistema filosófico. Córdoba, 1924.—*El gran crimen*. Córdoba 1925.

De EDUARDO INNES GONZÁLEZ, Caracas, Venezuela: *Cuento de otoño* (Boceto de comedia). Caracas, 1921.—*Saldo de cuentas o Entre viejos camaradas*. Sainete de costumbres caraqueñas, en un acto y en prosa. Caracas, 1924.—*La de los claveles rojos*. Comedia en un acto. Caracas, 1923.

ALFONSO TORO: *Dos Constituyentes del año de 1824*. Biografías de don Miguel Ramos Arizpi y don Lorenzo Zavala. México. 1925.

FRANCISCO IZQUIERDO: *Medallas* (verso). Habana. 1925.

De don FEDERICO ACOSTA VELARDE, Presidente del Partido Nacionalista de Puerto Rico: *Manifiesto del Partido Nacionalista* (hoja suelta) y *Manifiesto* que dirige al país el Comité Directivo del Partido Nacionalista, al pueblo de Puerto Rico (hoja suelta).

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en ediciones posteriores.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos, ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

Sobre los estudios estéticos

=Extracto de la conferencia que dictó RAFAEL ESTRADA ante la Asociación de Estudiantes de Costa Rica, la noche del veintiseis de mayo último.=

(Concluye. Véanse las entregas 6, 7 y 9).

Veamos ahora algunas confusiones referentes a ciencias auxiliares *especiales*. Una confusión de esta índole, que merece citarse porque constituye la metodología de la crítica oficial contemporánea, es la que consiste en deducir de una ciencia auxiliar de determinado arte, principios que se aplican a todas las manifestaciones de ese mismo arte; en la literatura, por ejemplo, se deducen de la métrica reglas o principios que se emplean en la apreciación artística de un poema. Dentro de la literatura, una confusión no menos vulgar consiste en deducir de un carácter especial de ese arte, reglas para todos los otros caracteres del mismo; efectivamente, a menudo se impugna una poesía de carácter simbólico o místico por cuanto no llena los requisitos de una poesía de carácter épico: porque no es sonora, porque no es enfática, porque no es clara. O bien se pide a una poesía de carácter místico-filosófico, por su naturaleza silenciosa y recóndita, el distintivo de una poesía de carácter narrativo o lírico, por su naturaleza declamables, gratas musicalmente y llenas de colorido. Estas anomalías son moneda corriente en los tratados de estética, y más aun en las críticas de arte vulgares.

Cuando el autor es culto, cuando tiende la mirada con amplitud y examina con detenimiento las diversas subdivisiones que forman la materia, sus confusiones son de modo necesario más numerosas y no abundan menos sus contradicciones, desde luego que le es más difícil seguir la ilación de las ciencias auxiliares generales y sus entronques con las ciencias especiales, y darles a cada una su valor aproximado. Pero señalemos en Meumann, como lo ofrecimos, otros casos de confusión y de razonamientos contradictorios, elegidos al azar entre los que tenemos anotados en su obra.

Página 89.—Refiriéndose al arte industrial moderno, al hacer *su apreciación histórica*, afirma: «Una industria de imitación, enormemente extendida, que en modo alguno nos honra» etc. Más adelante, página 126, sustenta el mismo parecer refiriéndose a la *forma perfecta o forma final del arte*: «El arte industrial moderno, que ha retrocedido a la mera forma final y se ha convertido, por tanto, en puramente técnico» etc. Pero luego, su criterio sobre el arte industrial moderno se

cambia al referirse a *lo específicamente estético*; página 128: «Esto nos enseña que en el arte industrial y en la arquitectura actuales se verifica un proceso de salubricación y que se ha seguido el camino recto para llegar otra vez a nuevas formas artísticas».

Los ejemplos son numerosísimos; más adelante deduce del arte industrial el precepto discutible de que los medios del artista deben aparecer en su naturaleza en la obra: que no se imite, pues, con la pintura, el mármol o el bronce, pues producen mal efecto. Y generaliza esta regla para todas las artes.

Nótese que ninguno de los ejemplos expuestos se funda únicamente en frases aisladas; cada una de estas frases que cito las tomo de tesis que el autor sustenta en su libro, y en favor de las cuales argumenta.

Otro caso semejante podemos encontrar en la página 27; expone su vistazo general y la orientación de su sistema diciendo: «en efecto, hemos de ver que los motivos elementales de la creación artística *son totalmente distintos* del placer estético». Y luego, cuando aborda el problema, página 93, empieza: «Los fundamentos elementales del deleite estético mostrarán *una completa analogía* con los motivos elementales de la creación artística».

Veamos un último ejemplo; en la página 84, exponiendo su parecer sobre las *causas sociales del arte moderno* dice que una de ellas consiste en «el falso temor y exagerado miedo del público, ante un nuevo fenómeno artístico, a desconocer su valor y tasarlo por debajo del verdadero». Y al referirse luego a la *apreciación histórica de nuestra época*, afirma, página 88, que «por el contrario, nuestro tiempo se caracteriza precisamente por las enormes exigencias que presenta al arte».

XII. Exposición sintética

La Estética no tiene, como la Filosofía y el Arte, vida propia: se ha colocado en un lugar posterior al del artista, y se subordina a las filosofías, a las deficiencias de los estudios auxiliares generales y a las fluctuaciones de las ciencias especiales de las artes. Además de este defecto fundamental que la hace impotente para resolver los problemas esenciales del

fenómeno del Arte, las filosofías y las ciencias auxiliares conducen a los estéticos, y mayormente a los críticos de arte, a confusiones, errores y contradicciones.

Ninguna apreciación estética puede considerarse como base respetable para el artista ni para el público que contempla la obra de arte. El caso del artista se resuelve siempre por el desconocimiento absoluto de toda idea que contrarie la inspiración que lo dinamiza; y el caso del público por el retraso o el adelanto cultural de la época, que luego la historia señala, en relación con el grado de progreso espiritual que marcan el filósofo y el artista.

* * *

Hemos visto por qué no podemos encontrar en los estudios estéticos el alto mirador que buscábamos para contemplar el arte contemporáneo; hemos visto asimismo por qué en materias artísticas en donde la Estética se confunde y fracasa, la intolerancia es el signo más triste de la torpeza más lamentable.

Cuando vayamos a abordar concretamente el problema del arte contemporáneo, cuando pongamos nuestro entender para contestar la pregunta de la Asociación de Estudiantes Universitarios: «¿Tienen algún fundamento razonable las manifestaciones actuales de la poesía?» debemos despojarnos de todo prejuicio de infalibilidad o siquiera de probable acierto; cuanto podemos y debemos hacer es procurar que la verdad resplandezca: que el corcho sumergido bajo las aguas al peso de la ignorancia suba a la superficie obedeciendo a su propia naturaleza, una vez libertado de las amarras que lo sepultan. El secreto del Arte, el divino aroma del Arte se encuentra, para los profanos, sepultado por el peso de absurdos y groseros prejuicios.

Y a pesar de esto, no nos contentaremos con el comentario; debemos preferir la crítica razonada, liberal, ilimitada, contundente. Las ideas que tenemos sobre las épocas literarias, sobre la historia de la literatura, se encuentran sumergidas en aguas sombrías; para conversar sobre épocas literarias, para determinar qué es época literaria, para hablar de «nuestra» época literaria, debemos desvanecer muchos prejuicios: soltarle las amarras al corcho para entonces empezar a pensar.

Empezar a pensar en la poética, en la poesía de nuestro tiempo. Y entonces evitaremos también el comentario; nos atreveremos a analizar lo que comprendemos, lo que hemos podido adivinar de bueno y admirable en las producciones de los nuevos poetas, en sus visiones profun-

das; lo que no acertamos a explicarnos será respetado por nosotros. De este modo podremos exponer ideas generales que puedan merecer alguna estabilidad en el curso de los tiempos que vivimos.

RAFAEL ESTRADA

San José de Costa Rica, 1923.

En el Día de la Maestra, lo que dijeron las niñas traviesas

(Estas niñas traviesas que no saben lo que dicen, son las únicas que dicen algo, en esta hora política de títeres y maniqués, de fantoches y saltimbancos y de la palabra aquella de Cervantes: «Apode el truhán, juegue de manos y volte el histrión, rebuzne el pícaro, imite el canto de los pájaros y los diversos gestos y acciones de los animales, el hombre bajo que se hubiere dado a ello».)

Cascabel, cascabelero,
de bufón y de jugar:
tiempo libre y mañanero
para jugar y jugar.

Te saludan, con sencillas
y juguetonas palabras,
las cabras y las ardillas,
las ardillas y las cabras.

Muchas veces, repetido
un engaño, nada vale,
entra, por el un oído
y por el otro nos sale.

Es, exigirnos recato
como a las grandes, un colmo:
buscarle tres pies al gato,
y pedir peras al olmo.

Vamos, rodando fortuna,
diciendo ¡Viva la flor!
con el sol y con la luna
y la vieja del tambor.

Ardilla, nunca estás quieta,
una, dos, tres, cuatro, ciento...
¿Eres la clave secreta
del continuo movimiento?

Ven acá, judío errante,
cosquilla que nunca para,
¿no podrías un instante,
contemplarnos cara a cara?

Son tus idas y venidas
sin regla, como en los cuentos
y tus huellas, las perdidas
de Doña Trota Conventos.

Y tú, cabra, trepadora,
siempre al margen, primitiva,
sin la civilizadora
libertad que nos cautiva!

Tan huraña, tan salvaje,
¿quién te lleva de la mano?
¡Que supiera tu lenguaje
nuestro pueblo soberano!

¿Lengua, nombre, gente, raza,
partido, casta, nación...?
Impolítica, rechaza
toda clasificación.

Vale más tu ejemplo, Sor
Bohemia, que no haces caso,
que las muecas del payaso
liberal conservador.

LOS QUE NO ENTIENDEN

Suba pronto a la tribuna
el orador oficial;
basta de sol y de luna
de cabra y salto mortal.

LA MAESTRA COMPRENSIVA, A LO GABRIELA MISTRAL.

Discursos, literatura,
etiquetas, academias...;
estas cabras de locura
y estas ardillas bohemias

dicen más sin decir nada,
algazara silenciosa,
mínima voz encantada,
dormido color de rosa.

EL POETA PESIMISTA

Profundas siguen las cosas,
por el hablador que va,
repitiéndonos sus prosas
de celui (slui) qui ne comprends pas.

Un Francis Jammes dormido
y cien Vargas Vila marcas,
pues «algo huele a podrido»
en todas las Dinamarcas.

A. H. PALLAIS, Pbro.

León de Nicaragua.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la
SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales,
Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

Revista Ariel

Letras, Artes, Ciencias, Misceláneas

Aparecerá el 15 y 30 de cada mes,
en cuadernos de 28 páginas.

Director:

FROYLÁN TURCIOS

Dirección y Administración:

Esquina casa Streber.

Tegucigalpa, Honduras. Centro América.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S. MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio
Americano" se venden las siguientes:

Rodolfo Otto: <i>Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios.</i>	5.00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	1.00
José M. ^a Chacón y Calvo: <i>Her- manito Menor</i>	1.00
J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbajelata: <i>Una cen- turia literaria</i> (Antología de poetas y prosistas uruguayos).	7.00
Kahlil Gibran: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta).	6.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retra- tos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta).	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías ori- ginales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congre- so de Angostura</i>	1.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora se- dienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florile- gio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Luis Cané: <i>Mal estudiante</i>	4.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00
Savitri, episodio del Mahabhá- ta.	1.00
Equivalencia: ₡ 4 = \$ 1. oro am.	



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

Juanillo el tonto

Había, una vez, una mujer, que se casó con un hombre, que era muy tonto. Si se quedaba cuidando de la casa, lo echaba todo a perder; si iba a la feria, no sabía vender ni comprar. La mujer le mandó un día a la feria a vender una tela y le dijo:

—No la vendas ni a hombre ni a mujer que hablen mucho, porque te engañarán.

Se fué a la feria, y como todos hablaban mucho, les decía:

—No es para ti, que hablas mucho.

Y resultó que nadie compró la tela.

Y se volvía a casa con ella cuando, al pasar por una capilla, entró a rezar al Santo. Pero oyó la música de una fiesta que había fuera; dejó allí la tela y se fué a ver el baile. Cuando volvió a buscar la tela, se encontró con que se la habían robado, y mirando al Santo, le dijo:

—¡Vaya! ¿Con que me compraste tu la tela y no quisiste mancharte los zapatos yendo a la feria? Pues, ahora, dame los cuartos!

Y como el Santo no le echaba el dinero, el hombre se enfadó con él y le dió tal cachiporrazo que le hizo caer del altar al suelo. Al mismo tiempo cayó una perra chica de las limosnas del Santo, y el hombre le dijo:

—Está bien, es el precio de la tela. Recogió el dinero; dejó allí al Santo y se fué.

Cuando llegó a casa, entregó los cinco céntimos a su mujer, y le contó lo que le había pasado.

A la otra feria, le mandó la mujer a comprar diez céntimos de agujas y cuando volvió de la feria, la mujer le preguntó por ellas:

—Mira, las agujas... pues encontré un carro de paja y se enfurruñaron los bueyes; cogí la aguijada y, como no podía traer las agujas en la mano, las puse encima del carro, y después, no las hallé entre la paja.

—¡Válgate Dios, hombre! Si serás tonto; habértelas prendido en el chaleco.

—Sí, mujer, sí; tienes razón; así lo haré otra vez.

La mujer mandó hacer al herrero unas clavijas para el yugo de los bueyes. Juanillo las cogió, se las clavó en el chaleco y se lo rompió todo. Su mujer le riñó:

—¡Pero, hombre! qué tonto eres! ¡Te rompiste el chaleco!

—Pero ¿qué iba a hacer?

—¿Pues que habías de hacer? Atarlas con una cuerda y traerlas al hombro.

—Sí, mujer, sí; tienes razón; otra vez así lo haré.

Otro día, la mujer, le mandó a comprar un cochinillo; lo compró, le ató por el pescuezo y se lo echó a cuestras. Llegó a casa con el bicho ahorcado.

La mujer le dijo:

—Pero hombre! Virgen Santísima! ¡Lo que has hecho! ¡Mataste al cochinillo!

—Pero ¿qué iba a hacer?

—Mira, tenías que haberlo traído andando por el suelo, tirando de una cuerda, y dándole con una varita.

—Sí, mujer, sí; tienes razón; otra vez así lo haré.

Le mandó la mujer otro día, a comprar un cántaro a la feria. Lo compró, le ató un bramante y lo trajo arrastrando por el suelo. Llegó sólo con el asa del cántaro colgando de la cuerda. Al verlo, la mujer le dijo:

—¡Jesús! ¿Que va a ser de mí? No vuelves a la feria.

—Bueno, mujer, bueno; ve tú, que yo me quedaré aquí.

Se fué la mujer a la feria y le encargó mucho al marcharse:

—Mira, hombre, no dejes que las cabras se vayan al maíz; no vayas tú a la bodega porque siempre dejas la cuba saliéndose; no vayas a aquel cacharro, que tiene rejalar, (lo que tenía era azúcar), y si lo comes te mueres. Cuida de la gallina chueca, no le pase algo.

Marchó la mujer a la feria, y en cuanto salió de casa, Juanillo se fué a cortar un pedazo de magro al jamón y lo frío (¡pobrecillo, para comérselo, naturalmente!) Luego, fué a buscar un poco de vino en una jarra; perdió el tapón de la cuba y se quedó allí tapándola con el dedo hasta que apareció un perro; le llamó y metió el rabo por el agujero de la cuba para taparlo. Cuando estaba comiéndose el jamón y echando un trago de vino, le llamaron porque las cabras andaban por el maíz; fué a la bodega a llamar al perro, que salió corriendo, y dejó la cuba saliéndose. Cuando volvió Juanillo a casa y vió el vino corriendo por la bodega, llevó los sacos de harina que tenían para hacer el pan y la echó por el suelo para que la mujer no viera el vino. Mientras tanto, había venido el zorro, y se había comido la gallina.

Juanillo se echó a llorar.

—¡Ay, Jesús! ¡qué desgracia la mía! ¿Que haré yo? ¡Dios mío!

Y se fué al cacharro del azúcar, y comió y comió para ver si se moría, creyendo que era rejalar; y como lo encontró dulce, se lo comió todo. Luego, fué a la alacena; se encontró un terrón de miel, y se lo comió también para morirse más pronto y no oír las riñas de la mujer cuando llegase. Pero como no le pasaba nada, cogió una maza de machacar lino y empezó a tirarla a lo alto para matarse con ella; pero, cuando la veía en el aire, echaba a correr hacia otro lado para que no le cayese encima. Y, al fin, viendo que no se moría, se fué al nidial de la gallina para empollar los huevos, y allí estaba diciendo:

—Cro, cro, cro...

Cuando llegó la mujer llamándole:

—¡Juanilloooo!

—Cro, cro, cro..., contestaba él.

Por fin, se lo encontró empollando los huevos. Le riñó mucho, y le dijo:

—¡Sal de ahí, bobalicón, alma de cántaro!

Y luego hicieron las paces y ella le perdonó.

*Cuento popular recogido por
ADOLFO COELHO.—Traducción
del portugués por NATALIA CO-
SSIO DE JIMÉNEZ.*

Mitología Agrícola

EL HOMBRE DE TIERRA Y DE ZACATE

Dios tomó en sus manos—según el Génesis maya—una porción de tierra y otra de zacate y de tal mezcla brotó el primer hombre. Dió la tierra materia para la carne y los huesos y del zacate salieron el pelo y el vello que cubren el cuerpo (Cogolludo). Parece que la creación se verificó en un paraje llamado *Humanhil* que don Juan Pío Parez llama el Paraíso Terrenal.

LEYENDA DE LAS LLUVIAS

Aparecen aquí Tlaloc (el agua o vino de la tierra) y Chalchiutlicue, la de la falda azul, diosa de los mares. De su amor nació Quiáhuitl, es decir la lluvia; y provistos de unos cántaros en que acarrearón el agua de los mares, la vaciaron sobre los campos. Cuando uno de los cántaros se les quebraba entonces se producía el trueno, y de los fragmentos que caían a la tierra nacían los rayos. Xochitlquetzal, la flor preciosa, y Centeotl, la mazorca de Dios, diosas de la floricultura y de la agricultura, se hallan bajo la protección de los dioses genitores.

EL ORIGEN DEL PULQUE

Quien primero agujereó los magueyes para sacar la miel de que se hace el vino, fué Maiauel—dice Sahagún—y Pantecatl, quien primero halló las raíces que en ella se echan. Más tarde cuatro sabios perfeccionaron el arte de hacer el pulque, distinguiéndose Ometochtli, a quien también llaman Tepuztecatl—llamado así porque era originario de Topotztlán—y a quien más tarde sus adoradores levantaron un santuario adonde llegaban en romería desde tierras remotas (Plancarte).

GUERRA POR UNA FLOR

Se cuenta que los súbditos del rey de Achiutla en una guerra que hubo en Tehuantepec, recogieron la semilla de un árbol que durante algunos meses del año se vestía de flores mínimas y blancas que exhalan un olor suave y mejor que el de la rosa de Alejandría. Al regresar triunfantes a su país natal, ofrecieron la semilla al rey, como trofeo de la victoria, y el rey procuró cultivarla con esmero en uno de sus jardines. El árbol de Izquixóchitl se cubrió de magnificencia en el huerto real. De la mañana a la tarde el cacique mixteca contemplaba su hermosura espléndida. Cuando lo supo Moctezuma, el emperador de la altiplanicie, se disgustó mucho y tuvo deseo de poseer la flor. El año segundo de su imperio envió al sur una comisión para que a cualquier precio se lo trajeran. Tras la respuesta arrogante vino la guerra. Los mixtecas perdieron la campaña y el árbol del trofeo fué reconquistado. Pero Moctezuma no logró al fin su intento porque—dice el Padre Burgoa—el arbolito se secó en el camino.

RAFAEL HELIODORO VALLE

México, D. F. 1924.

Las hormigas

Procesión de hormigas,
¿hacia dónde va?
Pasan enlutadas;
¿a quién buscarán?
Van bajo las rosas
del fresco rosal
que adorna la fuente
del Palacio Real.
Suben por las gradas,
muy calladas van;
los alabarderos
las dejan pasar.
Llegan hasta el trono
de Su Majestad;
El Rey y la Reina
óyenlas hablar.
«¡Oh Rey, Blanca Nieves,
tu hija blanca está
encerrada en una
urna de cristal!»
Porque su madrastra,
Reina sin piedad,
dióle una manzana
por la envenenar»
Ella, ante el espejo
solía preguntar:
«¿Soy la más bonita
de la corte real?»
Y el espejo mago,
muy a su pesar:
«¡Reina, Blanca Nieves
no tiene rival!»
Entonces la manda
a un bosque invernal,
y un cazador de osos
la intenta matar.
La Princesa implora:
«¡Compasión, piedad!»
Y al cazador malo

le da su collar...
Por la selva umbrosa
siete enanos van,
y a la princesita
escuchan llorar.
«¡Vente, Blanca Nieves,
en nuestra casa hay
hogar encendido,
calor y amistad!»
¡Y entre los enanos
dormidita está
guardada en la urna
de bello cristal!
«La Princesa Blanca,
manda, Rey, buscar!»
¡Ella nos cuidaba
con migas de pan!...»
Procesión de hormigas,
¿hacia dónde va?
Va a llevar noticias
al Palacio Real.
Suben por el trono
de Su Majestad:
el Rey, que está sólo,
las invita a hablar.
«¡Casó Blanca Nieves
con Príncipe Real!»
¡Salga el Rey su padre
que aquí llega ya!
«¡Cien enanos vienen
por la acompañar
y ella está más bella
que flor del rosal!»
¡Espejito mago
ahora bien dirás:
Que ya Blanca Nieves
no tiene rival!»

CARLOS LUIS SÁENZ

Costa Rica.

El viejo que nos enseñaba las estrellas

—Aldebarán, el Carro, Casiopea... —
Lentamente las va nombrando el viejo.
Por el fulgor del celestial cortejo
nuestro mirar atónito pasea:

La murmuriosa noche de la aldea
pone un temblante, misterioso dejo
en estos nombres que repite el viejo:
—Aldebarán, el Carro, Casiopea...—

—¿Veis allí la blancura de un camino?
Lo empolva el pie de tanto peregrino
que hacia el sepulcro va de Santiago...—

Su dedo indica la estrellada esfera
con un amplio ademán de docto mago
que todo el mundo sideral moviera.

ENRIQUE DíEZ-CANEDO

Madrid, 1925.